



PEDRO LUIS SÁNCHEZ RUIZ

INGENIERO DE CAMINOS. Inspector de Entidades de Crédito del Banco de España.

(*) Los puntos de vista aquí expresados corresponden únicamente al entrevistado y no reflejan, necesariamente, los del Banco de España.

Acabas los estudios en 1997. ¿Por qué elegiste Caminos?

Fue una decisión de “último momento”. De hecho, elegí en el bachillerato la rama de ciencias puras con Biología, en lugar de Dibujo Técnico, porque pensaba estudiar Medicina. Ni en mi familia, ni en mi ambiente más cercano, existía relación con la ingeniería, así que yo, con 17 años, no tenía muy claro qué era un ingeniero, ni la diferencia entre las distintas especialidades. Sí he de decir que una vez incorporado a la Escuela de Caminos de Madrid, descubrí que se trataba de estudios que respondían a mi inquietud por adquirir una formación técnica, pero también amplia y versátil.

¿Respondían también a las expectativas de “sacrificio”? ¿De verdad merece la pena tanto esfuerzo y acabar, habitualmente, la carrera en “más años de los debidos”?

El nivel de esfuerzo y exigencia (al menos en la Escuela de Madrid, que es la que yo conocí), era indudable. También es cierto que parte de ese esfuerzo resultaba gratuito: en algunas asignaturas no se trataba tanto de aprender materias complejas como de exigir por el “placer” de exigir. Esta actitud correspondía sin excepción a los profesores menos brillantes. Pero cuando se trataba de conseguir un elevado nivel de formación, lo que se correspondía

“Yo no comparto esa visión de que en España ya se ha hecho todo lo que se tenía que hacer en materia de infraestructuras; lo que sí se ha hecho en algunos casos es construir en contra del interés público, es decir, sin un análisis de eficiencia del gasto que justificara esas actuaciones”.





con las enseñanzas de los mejores profesores (de los que había mayoría), me parecía más un reto que un sacrificio. En cualquier caso, incluso las dificultades irracionales que imponían los profesores mediocres, suponía aprender a “saltar vallas”, lo que resulta útil para enfrentarse posteriormente, durante la vida profesional, a retos de muy variada naturaleza.

Otros debates recurrentes: el exceso de teoría y la poca, o mucha, especialización. ¿Qué opinas de todo ello?

En efecto, durante los primeros años la carga teórica es importante –conviene aclarar que yo estudié en unos “años de transición”, cuando el software técnico aún no era de uso universal–. Yo creo que la teoría aporta capacidad de raciocinio, lo que no es poco. También es verdad que no se obtiene el mismo provecho de una teoría “pura”, que de una teoría “aplicada”. En este sentido, pienso que es beneficioso para el alumno que el profesor de teoría también conozca la “práctica”, y se establezcan claros nexos de unión entre ambas facetas. A fin de cuentas somos ingenieros, no teóricos de la materia.

Por otra parte, defiendo el conocido enfoque generalista en nuestros estudios: para profundizar *sensu stricto* en las distintas materias existe la carrera profesional. Los estudios en la Escuela proporcionaban un cierto grado de especialización junto a una formación integral como ingeniero y gestor. Aprendías bastante en tu especialidad, suficiente en lo que no era tu especialidad y confianza para desenvolverte en casi cualquier ámbito. Lo que no comparto, en línea con lo expresado anteriormente –y creo que no es una impresión sólo mía–, es la desproporción entre lo comunicado por algunos profesores en clase y lo exigido posteriormente en los exámenes, lo que propiciaba, por ejemplo, la necesidad de acudir a las famosas academias –en las que por cierto había también magníficos ingenieros y profesores–. Para mí, esa manera de proceder no tiene ningún sentido.

Elegiste, durante los últimos dos de años de carrera, la especialidad de “Cimientos y Estructuras”, que tenía fama de ser la más dura. ¿Qué echaste de menos y qué de más?

Elegí esa especialidad porque me parecía la especialidad más tecnológica (junto con Hidráulica). Y he de decir que estudié todas las asignaturas con pasión, aun estando unas mejor impartidas que otras. Guardo muy buen recuerdo (no exento de admiración) de la mayoría de profesores de la especialidad, e incluso he llegado a desarrollar una buena amistad con algunos de ellos, como con Enrique González Valle.

Por cierto, a propósito de la grandeza, o no, de algunos profesores, ¿qué te pareció el ambiente que había entre los alumnos? Me refiero a la muy extendida, o no, competitividad, que se traducía, por ejemplo, en que algunos compañeros no te pasaran apuntes de academia.

Es cierto que existía un cierto espíritu de competitividad mal entendida, incluso insana en algún caso. Quizá, porque en numerosas asignaturas se fomentaba la existencia de “numerus clausus” de aprobados, lo que se traducía en un enfoque de “oposición” antes que formativo. También, o eso me pareció a mí, existía cierta endogamia en la propia Escuela, pues no eran pocos los alumnos que tenían antecedentes familiares en la profesión, y en ocasiones se formaban grupos más bien cerrados, que se apoyaban exclusivamente entre ellos por ese sentido de pertenencia a “una tradición”.

No obstante, la naturaleza de las personas prima sobre las tendencias, y debo decir que uno de mis dos mejores amigos es bisnieto, nieto e hijo de Ingeniero de Caminos.

A la vista de que has acabado trabajando en un sector relacionado con la economía y las finanzas, ¿crees que era suficiente y adecuada la formación en la Escuela en estas materias?

Como hemos comentado anteriormente, soy firme defensor de la formación con enfoque generalista. Pero dicho esto, no olvidemos que en la Escuela se estudia para ser ingeniero, no economista o consultor. Pienso que las distintas asignaturas sobre el particular eran, a priori, suficientes. Otra cosa bien distinta era el contenido: tras aprobar Economía en 4º curso, podías darte por



satisfecho si eras capaz de distinguir entre Microeconomía y Macroeconomía, pero poco más... [Risas]. Quiero decir que ni el método pedagógico ni los contenidos de la materia en sí me parecían los apropiados. En cuanto a Organización de Empresas, deviene imprescindible en el desenvolvimiento del ingeniero, por lo que creo que debería otorgársele mayor relevancia en el currículo. Pero mi opinión sobre cómo era impartida durante mi etapa en la Escuela (estaba a cargo Juan Miguel Villar-Mir) es buena. También creo que el Derecho de sexto curso debería reforzarse, muy especialmente en las áreas de Mercantil y Civil. No obstante, desconozco cuál es la situación actual de estas asignaturas; mis comentarios hacen referencia a cómo eran durante mi paso por la Escuela.

En 1995 asistes en la propia Escuela a un curso práctico de Bolsa, donde aprendes someramente la “operativa de los principales mercados financieros internacionales de renta variable”. Un año después vuelves a matricularte en un curso de “Mercados de opciones y futuros”, impartido por Caja Laboral. ¿Ya “sabías” dónde ibas a acabar, o dónde querías acabar?

Aunque pueda parecer algo presuntuoso, lo que sí tenía (y sigo teniendo) es una inquietud por el “saber” en sentido amplio. Un cierto “espíritu renacentista” (*), como el de los *Leonardos* (Da Vinci, Torres Quevedo...). Aunque desafortunadamente y a diferencia de estos grandes maestros, tan sólo consigo ser “aprendiz de todo y maestro en nada”. [Risas].

En 2001, una vez que ya estás trabajando, te matriculas en Económicas en la UNED. ¿No te llenaba el trabajo de ingeniero?

Termino la carrera en 1997, cuando nuestro sector está sufriendo una crisis importante; a esto se añade que yo no tenía un expediente académico brillante, y que por tanto me era más difícil que a otros compañeros con mejores notas elegir un puesto de trabajo *ad libitum*. Quizá esto propiciara que mis experiencias laborales como ingeniero nunca terminaran de llenarme. También desde mi primer trabajo comprobé que mi interés por asuntos como el análisis y la eficiencia de costes era mayor que por calcular la resistencia de

un voladizo o que una losa de hormigón se vibraba correctamente. De ahí que, dado que decidí seguir formándome, lo hiciera en un área que me atraía profesionalmente: la economía.

También es cierto que en mi casa hay una cierta tradición en este campo: mi hermana mayor estudió ciencias empresariales y mi padre es economista. Por otra parte, nunca pensé que el cálculo de estructuras estuviera reñido con la economía, y de hecho no lo están, *lato sensu*.



Para acabar con tu paso por la Escuela: habida cuenta que en el sector financiero en el que trabajas el inglés es el idioma universal, ¿piensas que muchas de las asignaturas que se estudian deberían impartirse en este idioma para así ampliar las oportunidades de trabajo de los ingenieros de caminos?

Es cierto que en la Escuela las dos asignaturas de inglés, en 3º y 4º, quizá no eran demasiado exigentes. Pero tampoco soy partidario de seguir ciegamente



las tendencias imperantes en cada momento. En tiempos de Agustín de Bethencourt se consideraba el francés como imprescindible para el ingeniero; hoy es el inglés. ¿Y mañana? ¿El chino? ¿El alemán? ¿Se debería impartir la enseñanza en el idioma que en ese momento sea predominante? Quiero decir que el papel de la escuela es formar buenos ingenieros, y a esto no contribuye *per se* el inglés. El idioma, en este sentido, no me parece que deba ser asignatura principal en la Escuela. El aprendizaje de otros idiomas, y del inglés en particular, es casi imprescindible profesionalmente, pero no creo que ese papel le corresponda a una Escuela de Ingenieros.

Empiezas a trabajar como calculista en una empresa de prefabricados de ámbito regional. Cuéntanos cómo fue tu experiencia “inaugural”.

Peor, imposible. No me refiero sólo a lo profesional, sino también a lo personal. Descubrí realidades que no podía imaginar que aún pervivieran en España. Estuve viviendo en una comarca del noroeste –Juan Benet sitúa también por allí su *Región*– en la que los Corleone no habrían desentonado. En esa comarca, como en cualquier otra, hay gente magnífica y decente, y llegué a tener buenos amigos. Pero la lacra del caciquismo, en toda su extensión (corrupción y violencia como “herramientas empresariales” cotidianas) continuaba arraigada aun a las puertas del siglo XXI. En cuanto al trabajo propiamente dicho, mi labor obviamente estaba muy limitada (y controlada), aunque es cierto que se reconocía y respetaba mi formación. Como experiencia vital, no obstante, la considero enormemente interesante.

Tras esa muy enriquecedora experiencia [risas], comienzas a trabajar en una empresa de servicios de ámbito nacional.

En efecto. Para un ingeniero de caminos era una muy buena empresa, pues tradicionalmente la consideración de éstos en aquella fue siempre alta. No en vano, la empresa constructora matriz la constituyeron compañeros, y siempre han estado en puestos de responsabilidad. Además, y sin ánimo corporativista, se trataba de una empresa muy bien gestionada. En el sector de los servicios, a pesar de estar tan lejos de mis añoradas Estructuras, aprendí mucho a nivel

de gestión. Entre otras cosas, que no se puede exigir al contratista por encima de las posibilidades de éste, pues en caso contrario no le queda más opción que hacer menos de lo presupuestado en el concurso. Además, tuve ocasión de tomar contacto, mucho antes de que se convirtiera en una información habitual en prensa, con las prácticas poco escrupulosas de algunos responsables en las Administraciones Locales. En cuanto a la ingeniería, en este puesto era poca. Pero me facilitó seguir aprendiendo en relación a análisis coste/beneficio, aspectos financieros de los contratos, etc.

Luego das el salto al sector de las telecomunicaciones, primero como consultor y luego como ejecutante de las infraestructuras. ¿Por qué ese cambio? ¿Cómo te encontrabas en un mundo copado por ingenieros de telecomunicaciones?

Mi paso por ese ámbito tiene lugar entre enero de 1999 y 2006. En primer lugar, doy el salto porque la recompensa económica era tentadora, pues aquellos años fueron los de la “burbuja” en el sector de las telecomunicaciones. Por otra parte, todo era nuevo e interesante. Además, mi perfil era bastante singular y estaba bien considerado, al menos para la consultora norteamericana que me contrató: sabía expresarme en inglés y me manejaba bien con los números (costes, presupuestos, etc.), al tiempo que las certificaciones de obra no me resultaban algo extraño. En cuanto a trabajar con ingenieros de telecomunicaciones, comprobé que nosotros no estamos peor preparados que ellos, pero sí de distinta forma. Al menos a la hora de enfocar y gestionar un proyecto.

Ahora que estás en otro sector que nada tiene que ver con el propio de nuestra profesión, ¿qué diferencias mayores encuentras en las “maneras y usos” del sector de la construcción y otros sectores, como el financiero?

De forma resumida, yo destacaría que el ingeniero se mueve en el mundo de la economía real, “material”, por decirlo así. En otros sectores esa materialidad no es tan evidente, por cuanto se trabaja con intangibles y además existe un lenguaje propio, de tal manera que en ocasiones la “representación” de la cosa es tan importante, e incluso más, que la “cosa-en-sí”.



¿Qué distingue a un ingeniero de caminos de un economista, por ejemplo? ¿Esa formación tan exigente de que hablábamos antes implica un mayor valor añadido a nuestro trabajo frente a otros profesionales?

Quiero aclarar que siempre que me he referido a la exigencia de nuestros estudios, ciertamente alta, me estoy refiriendo a la Escuela Politécnica de Madrid, pues no conozco el resto. Por lo demás, yo creo que sí que somos un colectivo sólidamente formado *ab initio*. Y sobre todo, somos capaces de seguir formándonos en casi cualquier materia con un coste en cuanto a esfuerzo personal muy razonable. Esto no nos hace (en absoluto) mejores que otros profesionales en sus campos respectivos, pero sí distintos a ellos en cuanto a nuestra versatilidad, sin que ello implique un menor rigor en nuestras áreas de competencia tradicionales.

¿Cómo surge la posibilidad de trabajar en el Banco de España?

No fue casualidad. Como hemos venido comentando, me encontraba cómodo en todo lo que tuviera que ver con las finanzas en sentido amplio. Además, como “Casandra”, tuve la intuición de ver llegar esta crisis en su alcance general, y en el sector de la construcción en particular. Y también que no se acabaría de un día para otro. (En realidad, había “trampa” en esta intuición: dado que terminé la carrera coincidiendo con la crisis del 93 al 97, pude apreciar numerosos rasgos de los años previos a aquella en el primer decenio del XXI).

En aquellos años de aparente bonanza económica, con buenos sueldos en el mercado y una tasa de paro que hoy se nos antoja inverosímil, había menos personas dispuestas a preparar una oposición, por lo que pensé que era el mejor momento para hacerlo. Era también mi oportunidad para abandonar definitivamente el sector de la ingeniería, que me había satisfecho mucho durante mi formación, pero no tanto a nivel profesional. Por último, siempre me han atraído los retos, y he procurado no encasillarme. Así que estudiar algo nuevo me parecía estimulante.

Estuve preparando las oposiciones al Banco de España desde 2001, pero no las abordé con decisión hasta 2003. Son oposiciones muy exigentes, y los aspirantes que se presentan lo hacen con un gran nivel de preparación y expedientes académicos brillantes. Aun así, conseguí aprobar; supongo que hice la parte que me correspondía (prepararme todo lo que fui capaz), pero sin duda tuve mucha suerte. En mi convocatoria, además, habían reducido a diez el número de plazas (para unos 250 aspirantes), cuando habitualmente convocaban 20 para un número de aspirantes similar.

Además, el año en que aprobé (verano de 2007, justo antes de la quiebra de “Northern Rock” y el comienzo de la crisis “subprime”) estaba trabajando en una empresa constructora, haciendo licitaciones de obra civil, con horarios y dedicación muy exigentes de forma simultánea a la preparación de la oposición. Para colmo, sufrí algunos pequeños problemas de salud, afortunadamente ya superados, coincidiendo con los exámenes de ingreso. Todo parecía estar en mi contra, por lo que considero que realmente fue necesaria mucha suerte para conseguir aprobar. Dentro de ese factor “suerte”, incluyo el apoyo de mi familia y de muchos buenos amigos durante todos esos años en que tuve que compatibilizar trabajo y estudios.

¿Cuál es el estatus de un trabajador del Banco de España, pues *sensu stricto* no sois funcionarios de carrera?

No somos funcionarios de carrera a efectos administrativos, laborales, etc., pero sí el Gobierno congela o reduce los sueldos, o quita la paga de Navidad, a nosotros también nos afecta. Por otra parte, y como organismo autónomo, el Banco de España se “autofinancia”, procurando obtener el mayor beneficio posible. Sin embargo, eso no implica necesariamente que dicho beneficio redunde en los trabajadores de la institución. El excedente generado (en torno a 2.500 millones de euros el año pasado) se destina íntegramente al Tesoro Público; a los trabajadores del Banco, aun contribuyendo a generar dicho excedente, se les ha aplicado los mismos recortes que a los funcionarios.



Vuestro régimen de excedencias e incompatibilidades es de suponer que será muy estricto, ¿no?

Digamos que es razonablemente exigente, si bien es innegable que en la administración pública, en general, las “puertas giratorias” se dan en algún caso, particularmente en los puestos de mayor responsabilidad.

¿Qué opinión te merece que en este país acostumbremos desprestigiar a instituciones con reconocido prestigio fuera de nuestras fronteras, cual es el caso del Banco de España? ¿No deberíamos mirarnos un poco más en Francia, donde el “haute fonctionnaire” merece el respeto del político, gobierne quien gobierne?

Sin duda. Pienso que el desprestigio de la Administración Pública comienza cuando se decide sustituir en los niveles de decisión a funcionarios de carrera por profesionales con marcada orientación política, de partido, y no técnica. Tampoco contribuyen a la buena imagen de la Administración Pública los medios de comunicación (que recordemos que en nuestro país son

mayoritariamente de capital privado), ni las acusaciones genéricas a los funcionarios cuestionando su dedicación o su nivel de eficacia vs. coste. En mi experiencia, he conocido muchos más aprovechados en la empresa privada que en la Administración (y con mayores sueldos que los que perciben en general los trabajadores públicos). Por no hablar de la corrupción: donde he tenido que convivir con ella ha sido en la empresa privada, nunca en la administración.

Eres inspector del Banco de España. ¿Cuál es tu cometido exacto?

La supervisión bancaria abarca diferentes tareas. En mi caso particular, me dedico a validar modelos estadísticos de riesgo de crédito. Es un trabajo con un fuerte componente matemático-estadístico, por lo que imagino que mi formación como ingeniero, si no decisiva, al menos sí contribuyó a que me destinaran a esta área.

Después de todo lo ocurrido con las cajas de ahorro, lo de calibrar riesgos de crédito no parece un oficio muy reconocido...

[Risas]. Es cierto. Pero no olvidemos que el control prudencial de la actividad bancaria tiene que ser compatible con el desenvolvimiento de las Entidades de Crédito. Además, no se puede supervisar más allá de lo que la legislación permita. La regulación bancaria obedece a las leyes vigentes en cada momento, y las leyes las hacen los políticos, no los Inspectores. Por otra parte, en ocasiones sí existe una regulación estricta; por ejemplo, sobre los altos cargos y accionistas de referencia en las entidades bancarias y, como hoy sabemos, esa regulación no se ha respetado en todos los casos. Y eso, por supuesto, no es culpa de los modelos de riesgos de crédito... [Risas].

Por otra parte, vivimos en una época en la que el neoliberalismo es la doctrina dominante, casi sin oposición, y ello a pesar de haber visto en años recientes los efectos que la desregulación de los mercados financieros acaba causando en el bienestar de millones de personas. Este neoliberalismo deja poco espacio a la regulación efectiva de las normas de convivencia; y, a fin de cuentas, la



normativa bancaria y las de regulación de los mercados bursátiles y financieros en general son también normas de convivencia.

Estamos llegando a extremos impensables hace unos pocos años, como el hecho de que empresas con ánimo de lucro, como auditoras y/o consultoras, se dediquen a evaluar la actividad bancaria en lugar de que lo haga la autoridad supervisora del país correspondiente. O que un comité de sabios, como el IAS Board, elabore las normas contables (que posteriormente el parlamento europeo ratifica sin apenas debate) y que afectan a todos los ciudadanos europeos (la contabilidad es un idioma que puede afectar, y mucho, a la economía real). No cuestiono su sabiduría, pero el IAS Board tiene carácter privado y no público. En el Ministerio de Economía, o en el propio Banco de España, hay profesionales tan sabios como aquéllos, pero que no cobran más o menos en función de que las normas que elaboren sean más o menos efectivas. El ánimo de lucro, totalmente legítimo y necesario para el progreso social desde mi punto de vista, es sin embargo peligroso a la hora de establecer las “reglas de juego” en que deben desenvolverse los participantes en la Economía. Imaginemos por un momento que fueran los fabricantes de coches los que establecieran los límites de velocidad en las carreteras, o las emisiones máximas permitidas a los vehículos. La única forma de garantizar la bondad de las diferentes regulaciones económicas es emitir las en base al principio *cui prodest?*, y que la respuesta a esta cuestión sea siempre: “A la sociedad en su conjunto”.

Tradicionalmente, en el Banco de España han trabajado ingenieros de caminos (**), y más recientemente también en el BEI (Banco Europeo de Inversiones). ¿Tenéis alguna relación especial entre vosotros?

No demasiada; los ingenieros del Banco nos conocemos casi todos y tenemos una buena relación, pero el día a día nos impide un mayor o más frecuente contacto. En cuanto al Banco Europeo de Inversiones, no conozco a nadie que actualmente esté allí.

Desde fuera, ¿qué te parece la crisis del sector de la construcción, e incluso yendo más allá, de la profesión: Bolonia, etcétera?

Bolonia me parece un error. La homologación de la formación en Europa me parece bien, pero siempre que se homologue “por arriba”; es decir, que sean los mejores indicadores educativos los que se implanten, y no la media, o incluso niveles mínimos de consenso entre países.

Por otra parte, la crisis que atraviesa la construcción se enmarca en una de alcance mucho más general: no sólo se trata de dificultades económicas y financieras, sino de una crisis de valores; no es una crisis nacional, sino global. No obstante, su manifestación más contundente se produce en el terreno de la economía “real”, y ahí, en “lo real”, es donde siempre está el ingeniero de caminos. Estamos además mucho más afectados que otros sectores de la ingeniería por la propia idiosincrasia de nuestra profesión. Que de un solo ingeniero de caminos dependan 50 millones de euros –como ocurre, por ejemplo, en algunas licitaciones de ferrocarril o de carreteras– dice mucho de su capacidad, pero en época de restricciones presupuestarias en todos los ámbitos, y muy especialmente en el de las infraestructuras, nos penaliza con mayor intensidad respecto a otras ingenierías.

Por último, no comparto esa visión de que en España ya se ha hecho todo lo que se tenía que hacer en materia de infraestructuras. Lo que sí se ha hecho en algunos casos es construir en contra del interés público, es decir, sin un análisis de eficiencia del gasto que justificara esas actuaciones –una consecuencia más del peso decisivo que han adquirido los perfiles políticos frente a los perfiles técnicos de la Administración–. Pero creo que no vivimos en un estado de “saturación de obra pública”, y ello debido a las características específicas de nuestro país. Basta con comparar la capacidad de regulación de los ríos franceses o alemanes (donde su propio régimen natural proporciona un aprovechamiento en torno al 40%) con la de los españoles (aun con todas las obras hidráulicas ejecutadas, apenas si alcanzamos ese porcentaje).



Por último, ¿qué ha hecho, qué está haciendo mal el Colegio?

Sigo colegiado a pesar de que prácticamente no utilizo desde 2007 los servicios del colegio. Creo que todos debemos contribuir a la defensa de nuestro colectivo y, por ende, de la sociedad en que vivimos, y creo que el Colegio es el ámbito apropiado para ello.

Una vez aclarado esto, confieso que soy crítico con el Colegio en algunos aspectos que, a mi juicio, son capitales. La excesiva proliferación de Escuelas es uno de ellos. Por supuesto que es difícil poner el cascabel al gato, y decir qué Escuelas son las que sí tienen que estar y cuáles no. Y comprendo también que las Comunidades Autónomas y las Universidades dependientes de ellas tienen autonomía a este respecto y toman decisiones no siempre convenientes para la profesión (y ni siquiera para ellas mismas a medio plazo). Pero creo que el Colegio debería haber hecho mucho más para que el nivel de formación de los ingenieros de caminos fuera similar, con independencia de donde se estudie. Y que, sin necesidad de establecer un número rígido e inmutable, si se tuviera en cuenta que el número de egresados respondiera a las necesidades de la sociedad, al menos en una aproximación razonable. No dejarse llevar por criterios simplistas como que “cuantos más seamos, más fuerza tendremos” (y, quizás, más ingresos por visados de proyectos...). Cuando el Colegio por fin se ha decidido a intervenir de forma contundente en este tema, creo que era ya demasiado tarde, y desafortunadamente las recientes sentencias judiciales en este ámbito (Universidad de Alicante) así parecen acreditarlo.

Por otra parte, tengo la impresión de que el Colegio se posiciona públicamente menos de lo que debería. Un caso paradigmático para mí (por madrileño, y por lo que significa para los ciudadanos de esta Comunidad), es lo que está ocurriendo con el intento de privatización del Canal de Isabel II. No digo que el Colegio necesariamente deba defender la condición pública de esta institución (que es mi opinión), o todo lo contrario. Pero tratándose el Canal de un organismo ejemplar e histórico en la gestión del agua, creo que

se tendría que decir mucho más sobre el patrimonio público que atesora, sobre el *savoir-faire* de los muchos ingenieros que trabajan allí y que han trabajado, o incluso, y aunque yo no esté de acuerdo de antemano, sobre las eventuales ventajas que podría conllevar una privatización. Practicar un debate riguroso y consensuar una opinión para presentarla a la sociedad en la que estamos (o deberíamos estar) integrados, y para la que debemos trabajar. Llegar mucho más allá de declaraciones genéricas y políticamente correctas en torno al agua o realizar manifiestos a favor de la energía nuclear sin que exista constancia del imprescindible debate previo. Nuestra formación nos proporciona capacidad crítica, además de puramente técnica. Es momento de demostrarlo.

[Entrevista realizada en Madrid, el 25 de septiembre de 2012,
por María González Corral y Javier Muñoz Álvarez]



(*) Otro ingeniero, Boris Vian, se refería a dicho espíritu con estas palabras, acordándose de un célebre humanista del Renacimiento: "Sachons tout. Soyez un spécialiste de tout. L'avenir est à Pic de la Mirandole".

(**) En 1874, siendo ministro de Hacienda José Echegaray, ingeniero de caminos, se aprueba el Decreto que concede el monopolio de emisión de billetes, moneda y deuda al Banco de España: "Abatido el crédito por el abuso, agotados los impuestos por vicios administrativos, esterilizada la amortización por el momento, forzoso es acudir a otros medios para consolidar la deuda flotante y sostener los enormes gastos de la guerra. En tan críticas circunstancias, el ministro que suscribe se propone crear un Banco Nacional, nueva potencia financiera que venga en ayuda de la Hacienda Pública".